

dinos encontraron en sus mutuas confianzas consuelo: fueron al patíbulo cantando y componiendo un coro inolvidable; las fuerzas de unos sirvieron de apoyo á los otros; el dolor de la muerte se aminoró con la virtud bienhechora del ejemplo; y teniendo que cuidar cada cual de todos, nadie se curó de sí mismo, expirando juntos en fin digno del heroísmo legado al culto de la humanidad por Salamina y por Platea. Pero aquella mujer sola, sin apoyo ni compañero alguno, falta del vigor que prestan la elocuencia y los cánticos, víctima singular en altares singularísimos, no tuvo más auxiliar y más fortificante que su conciencia, persuadida de haber hecho el bien por completo, ni más consuelo que pensar cómo corriera de suyo al encuentro de todos aquellos dolores por creerlos eficaces para redimir á su patria de una vergonzosa opresión. Así, no cambió de actitud; las amenazas no podían en ella cumplirse. Los insultos iban todos en su desdén á estrellarse. Si cualquier grito de piedad sonaba ó se veía cualquier mirada de compasión, el afecto de Carlota se holgaba con agradecerlos, recibéndolos y saboreándolos como un presente del cielo, pero sin que la desconcertara el homenaje como no la desconcertaba tampoco la injuria. Realmente, un paso como aquel de Carlota por su calle de amargura, siquier gestos y actitudes y ademanes y palabras fueran casi todos los instintivos é indeliberados, puede presentarse á todos los hombres y á todos los tiempos como una enseñanza incalculable de moral y como un ejemplo increíble de virtud.

Sin embargo, cuando llegó á la Plaza donde se levantaba el patíbulo parecido á fúnebre catafalco, y un rayo del crepúsculo se tendía como una línea roja por el cuchillo de la guillotina, Carlota palideció un momento, pues la naturaleza de Sócrates y la naturaleza de Cristo, aquella sublime y divina ésta, repugnaron la muerte: que de otra manera no tendría valor alguno el sacrificio. Aunque palideció por un minuto, le volvió bien pronto la calma. Bajó, pues, de la carreta sin pararse á mirar cosa ninguna y subió al tablado sin detenerse y sin ocurrírsele ningún reparo que oponer á tanta crueldad. Así como su valor no acertó á dejarla un minuto, tampoco su decencia. El pudor más femenino dominaba con absoluto dominio sobre todas sus virtudes nativas. Como le quitasen la pañoleta con que cubría su pecho, no quiso mostrarse desnuda en incidente alguno y corrió á ponerse bajo la cuchilla del verdugo prefiriendo al sonrojo la muerte. ¡Cuán profundamente contradictoria la naturaleza humana! Parecía que víctima de tal estirpe se hallaba en el caso de imperar con absoluto imperio sobre todos los corazones. Sin embargo, la costumbre de pisar patíbulos y guillotinar reos, hace por tal modo endurecer los corazones, que verdugos y ayudantes de verdugo caen desde la naturaleza de los hombres con suma facilidad en la naturaleza de los brutos. Un carpintero, auxiliar del verdugo, ayudóle á descabezar el cuerpo de Carlota. Con rapidez fulminante cayó el cuchillo sobre la nuca y segó la cabeza. El ayudante carpintero, sin enternecerse ante aquella flor segada en su primavera más lúcida, cogió la cabeza por el pelo y la injurió de palabras y le dió de bofetadas en sus

dos mejillas. La fábula dice que Carlota llegó á enrojecerse, tras la muerte, de aquel horrible ultraje, y la Historia, que corrió una enorme indignación por el público y que hubo necesidad de apresar al criminal para libertarlo de que lo trucidaran y se repartieran en pedazos sus despojos las indignadas muchedumbres. Así puede asegurarse que la impresión suscitada por el extraño espectáculo, había resultado á la postre de amargura y dolor. Los maratistas metieron mucho ruido con sus vociferaciones, mas no triunfaron del silencio y del recogimiento compasivos que mostrara el pueblo. En vano los hebertistas calentaron el horno de la sensibilidad popular; en vano el ayuntamiento distribuyera sus fuerzas por el trayecto de la carrera y divulgara órdenes mandando insultar á Carlota; las realidades naturales se pospusieron á los artificios políticos y Carlota obtuvo un callado y sincero triunfo. Imposible fuera, sin esta complicidad colectiva del pueblo, imprimir y publicar en la *Crónica de París* el elogio fúnebre de la pobre guillotizada, exaltándola hasta convertirla en una diosa digna de culto. Hubo quienes quedaron tan impresionados, que murieron á la emoción. Algún espectador del suplicio se volvió loco. El presidente de la causa perdió á su presencia la naturaleza de bruto carnicero é intentó salvarla. El pintor, para excusarse de haber copiado á Carlota, hizo, constreñido por las circunstancias, un retrato de Marat, y no volvió á pintar. El abogado defensor guardó toda la vida el afecto despertado en él por Carlota y le consagró un perdurable culto. Por algunos momentos reinó como una plaga la manía del suicidio y se puso de moda el amor á la muerte.

Representó este afecto profundo en aquella fase del tiempo eterno y en aquella superficie de la sociedad francesa el célebre joven alemán llamado Adán Lux. Su raza germánica; el misticismo connatural á su pensamiento íntimo, y la concentración en sí de un carácter exaltadísimo, estallando á lo mejor en hechos y actos inverosímiles; una complexión reservada, en cuyos senos ardía el entusiasmo sin respiradero alguno; una imaginación soñadora que trueca los hechos, etherizándolos en ideas, y las ideas, cristalizándolas en hechos; ese cuidado, no ya por las criaturas animadas, por todos los seres criados, propio de la tendencia panteísta, quien ve á todos en uno, pues la esencia única se dilata desde los abismos celestes hasta los abismos infernales; un corazón amante sin haber gustado el amor todavía; y una voluntad resuelta por el sacrificio y sin haberse nunca sacrificado; los instintos de su naturaleza filosófica y las potencias de su alma espiritual, llevaríanle á prendarse locamente de Carlota Corday hasta morir muerte violenta en el cadalso por haber convertido en una diosa de su culto á la bella protagonista del horrible asesinato. Lux participará de los dos estados del ánimo alemán durante la revolución francesa, que recuerdan los historiadores del tiempo sin excepción alguna. Por tales dos estados pasaran en la Filosofía Fichte y en la Épica Klopstock y en la Música Beethoven, estado de ilusiones y esperanzas en el período creyente y puro de la revolución



idealista, estado de arrepentimiento y desengaño así que cayeron del poder los girondinos y estallaron las matanzas del terror. Cuando no se había la revolución obscurecido bajo sus manchas de sangre, Lux corrió á París con ánimo de sustentarla y acorrerla; pero así que la revolución se deshonró, Lux únicamente aguardó un verdadero consuelo, el consuelo de la muerte. Y la muerte tué á buscarlo, poniendo en sus labios la copa donde se contienen y se liban los sueños eternos. Estaba trabajando para unir su patria, Maguncia, con la república francesa; y en este difícil trabajo había innumerables amarguras apurado, cuando de súbito hieren sus oídos las dos noticias del asesinato de Marat y del sacrificio de Carlota. Desesperadísimo por el espectáculo que presentaba Francia y por el fomento que diera desgracia semejante al siniestro espíritu de la reacción universal, escribió Lux un folleto en condenación del mónstruo asesinado y en defensa de la mártir Carlota. Ninguno de los sujetos, ni de los objetos encontrados en su peregrinación piadosa por Francia le habían movido al interés despertado por la tragedia del sacrificio de Marat. En su olvido absoluto de cuánto cuesta fundar un régimen progresivo, y cómo las ideas nuevas chocan entre remolinos de sangre con las viejas costumbres, Lux creyó la libertad perdida para siempre, y reencontróla vivaz en aquella incomparable joven. Siguióla en todas partes, atraído por su genio, fascinado por su hermosura. Vióla en el tribunal mostrando una serena intrepidez; oyóla defenderse con aquella su voz angélica y su oportunidad sapientísima; desde lo más profundo é íntimo del sér admiró el silencio guardado con tanta fidelidad y la ejecución del intento cumplida con tan rigurosa exactitud; no pudo al magnetismo de su mirada escaparse ni al influjo de su belleza; supo estar vecino de la sangrienta carreta y acompañarla en su calle de amargura y seguirla con la vista por aquella tremenda escala del cadalso y absorberse dentro de aquella escena en que se irguió como una diosa sobre el tablado y entregó su cabeza sin resistencia de ningún género, más bien con cristiana conformidad, al verdugo; y enamorado perdido por tanta gracia espiritual unida con tan armoniosa hermosura, juró, ya que no había podido vivir su misma vida, morir su propia muerte. Con efecto, á los pocos días montaba sereno Adán Lux por la escalera del cadalso, recibía en su nuca el cuchillo de la guillotina, y expiraba sonriente y tranquilo en el mismo sitio, en el mismo tablado, donde muriera Carlota.

La poética leyenda se apoderó seguidamente de Carlota como si la hubiera precedido antes de aparecer una larga tradición. Los poetas se holgaron reproduciendo su figura sobre las tablas en escuetas y prosaicas tragedias, crecidas en su número, cortas en su mérito. No conozco período de mayor esterilidad literaria en Francia, entendido, según yo lo entiendo, desde la muerte de Voltaire hasta el nacimiento de Hugo. La política embargaba el seso de todos. Muerto el antiguo clasicismo, cortesano y pelucón á lo Luis XIV; no brotado todavía el romanticismo espontáneo y desordenado á lo Hernani; el teatro se distingue por una pobreza de situaciones y por una falta de ideas que da grima. Dos

gruesos volúmenes ha dedicado el diligente, aunque pesadísimo colector Vatel, á recoger los ensayos dramáticos trazados sobre la dramática personalidad de Carlota. Pues la que tanta poesía nos presenta en la escena real del mundo y de la Historia, pierde, como Psiquis desengañada, corona y alas, así que penetra sobre las tablas en el teatro. Entre tanta tragedia coleccionada por Vatel, no hay una sola que merezca la pena de ser leída. El recuerdo bíblico de Judith embarga el ánimo de los poetas, quienes, incapaces de libar la nativa poesía encerrada en el interesantísimo argumento trágico de la escena representada por Carlota, evocan artificial arqueología, sin carne ni hueso, sin realidad y sin vida. Imaginaos la pobre moza normanda, envuelta en su traje de muselina clara, ceñida con su gorra histórica; la pañoleta por su ornamento único y la cabellera por todo lujo; imaginadla vestida de púrpura y armiño, coronada de oro y esmeraldas, envuelta en manto de seda que completa su túnica de tisú, sobre cogines de tiria escarlata tendida, como una reina de Sabá, con cortante cimitarra en el costado, copa de ágatha en la mano, aguardando á que se presente bajo su tienda de gasa india el general Marat, quien fatigado de conquistas, encuentra reposo tras orgiásticos excesos en brazos de aquella mujer, quien lo descabeza y ofrece aquel cuerpo exangüe al Dios y al templo de sus padres. No puede darse una mamarrachada mayor y una más repugnante caricatura de niña tan hermosa como Carlota y de acto tan patriótico cual su acto. Mejor inspirada me parece á este respecto la literatura política. Un publicista escribe melancólico diálogo entre madame Roland y Carlota Corday, las cuales han tropezado una con otra en el Orco y se dan á departir tranquilas sobre los sucesos de Francia. Si damos de lado á varias alusiones maliciosas de castidad enderezadas con mal fin á madame Roland: las dos grandes protagonistas del partido republicano hablan como pudieran haber hablado en el mundo. Tanto es así que Carlota personifica todas las seducciones sobre las almas grandes ejercidas por los prestigios del sacrificio y habla con el optimismo de su esperanza, creyendo haber de la tiranía redimido al mundo por haber acabado con la vida de un tirano. Y en esta naturaleza optimista brota la seguridad completa de que Francia y su República, triunfarian de la coalición monárquica, pues así como un carro, á que hubieran uncido toros, bueyes, ciervos, caballos, mulos, camellos y elefantes, no podrían marchar, tampoco puede marchar una coalición, de la cual tira por Oeste la monarquía de Carlos IV y la persona del general Ricardos; por el Nordeste los imperios de Rusia y Austria con el reino de Prusia; por el Sudeste la monarquía de Cerdeña; por Tolón el duque de York, quienes podían estar acordes en intentar de consuno un asalto á Francia, pero sin poder ponerse de acuerdo en repartirse los frutos de la victoria, por lo cual el pueblo francés, enteramente solo, con un gran ideal en su inteligencia, y una enorme fuerza concentrada en su voluntad, cantando como un coro de las Termópilas, el himno nacional, arremeterá con ellos, los romperá en cien dispersas haces, los pisoteará bajo sus es-



puelas, elevando á todas partes sus dos sagrados númenes; la libertad y la República.

Habiéndose hablado y escrito tanto acerca de Carlota Corday, todavía no tenemos ningún medio de concordar los escritores contemporáneos sobre punto tan claro como el punto de su hermosura. Mientras Armando de Mosa la pinta de mediana estatura; más bien fuerte que débilmente constituida; oval el rostro, bellas las facciones, penetrante la celeste mirada, correcta boca y nariz, castaños los cabellos, tipos de clásica escultura los brazos decentísimos y acompasados los movimientos; con un seno digno de que lo reprodujeran Zeuxis ó Praxiteles; el *Repertorio de los Tribunales Revolucionarios* la presenta de rostro carnudo, sin frescura y sin gracia, puerca en su cuerpo y en su traje, de aspecto duro, de complexión muy sanguínea, de piel erisipelada, de carácter insolente, no tierna y delgada como las vírgenes, gorda como toda mujer que abusa del lecho en su juventud y engendra mucho y pare muchas veces, especie de marimacho sin vergüenza y sin pudor. A tales embustes impulsa la pasión política. Una mujer de Caen, vecina suya, la pinta como un ángel del cielo, tan bella en sus formas como bella en su espíritu. El retrato de que ya hemos hablado no deja espacio á duda de ningún género. En él vemos su airosa figuras, su esbelto cuerpo, su distinguida prestancia, lo escultórico de sus brazos torneados á maravilla, lo breve de sus manos, lo amplio de sus hombros, aquella tez por la cual se veía circular su sangre, la barba partida, la nariz grande, los ojos serenos, las cejas arqueadas, un cerebro esférico y robusto, ornado por cabello muy abundoso; todas las partes componentes de una perfectísima belleza. Y, dicho esto, paréceme al estudio de Carlota muy conducente saber como se acogió la muerte de Marat en Francia, y á qué se redujera en el movimiento de los tiempos el residuo de su influencia y de su renombre. Aunque todos estaban en el secreto de su demencia sanguinaria, semejante á la demencia de Calígula y de Caracalla, nadie se atrevía en aquel aquelarre de pasiones desatadas á proceder con él como con un enfermo, y tratarlo como se trata en el mundo á los dementes. Invocando siempre las ideas más radicales y más exageradas, como ningún otro escritor, poníase á la cabeza de cuantas exageraciones en aquella crisis tremenda surgían, y formaba en torno suyo partidarios de aluvión arrastrados por las inundaciones y batidos por las tempestades, los cuales se arremolinaban y se deshacían como los impetuosos torrentes del Mediodía tras un tropical diluvio. Así, los partidarios de Marat iban bajo su mando y de su mando se volvían en menos de doce horas, siendo más fácil contarlos en sus aglomeraciones que conocerlos en su historia. Bien puede por esta razón llamárseles muchedumbres anónimas que parecían ocultarse, por lo menos ocultar sus nombres y sus procedencias, cuanto más engalladas y vociferadoras se presentaban y ofrecían al público. Así era cosa difícil puntualizar la responsabilidad á ellas concerniente cuando perpetraban revoluciones, tangibles y reales en sus efectos, pero anónimas é ignoradas en sus orígenes, como la célebre revolución del treinta y uno de Mayo, en que pereció la Gironda inmolada

por mano de Marat, á despecho de Dantón y del mismo Robespierre, quienes invocaban la opinión y la conciencia colectivas contra sus rivales, mas no querían aplastarlos bajo la enormísima mole de una revolución material victoriosa. Marat, entre todos aquellos estadistas, era el único predicador de la revolución permanente, á sangre y fuego, por lo cual se ponían de su parte cuantos opinaban que aquella sociedad sólo á hierro encendido y á cauterio intenso podía curarse de su cáncer. Estos, muy numerosos en aquel delirio por que pasaba la sociedad, sintieron á una con profundo sentimiento el golpe asestado al radicalismo por mano de Carlota. Así, establecieron un piadoso culto al corazón de Marat muy análogo con el culto prestado por los jesuitas al corazón de Jesús. Un regio vaso de ágata y bronce, del joyero de la Corona sacado, sirvió como de relicario para guardar la preciosa reliquia. Un monumento se inauguró cerca de las Tullerías el diez y nueve de Agosto. El pintor David, empleando su servil pincel, consagrado á todas las apoteosis de todos los poderosos, pinta en su tina sin escrúpulo al asesinado asesino. Cada sección municipal erige un busto que testifique la divinización revolucionaria. Innumerables pueblos quieren llamarse Marats. El Havre no me dejará mentir á este respecto. En los bautizos civiles, durante mucho tiempo, dan al apadrinado los padrinos por nombre de pila el abominable apellido. Su retrato preside las escuelas. En anillos de boda, cadenas de reló, relojes de bolsillo, agujas de corbata se graba su nombre y su rostro, como si fuera el nombre y el busto de un emperador. En los teatros se representa *Marat en el Olimpo*, *Marat en su caverna*, *Llegada de Marat á los Campos Eliseos*, *Muerte de Marat*, *Apoteosis de Marat*. Y siguen á todo esto procesiones religiosas, coros sacros, arengas fúnebres, iluminaciones con todo el arte de París, elegíacas sinfonías, divinizaciones del cadáver que duran todo un año.

El escritor Lenotre ha husmeado cuantas huellas dejara el triunfo en su paso por Francia y las ha guardado en vario y curioso volumen. No transeurriera un mes de la muerte cuando ya se presenta en la Convención como viuda oficial, digámoslo así, del triunviro, aquella mujer, Albertina, con quien Marat se había casado al aire libre, un día de sol espléndido bajo la vista del cielo azul y despejado. Albertina pronunció un corto discurso, no para pedir honores y provechos, para pedir un sepulcro al lado del sepulcro de su putativo, y no legal esposo. Con efecto, ni en los tiempos de mayor exaltación llegaron á tenerla por mujer legítima de Marat, ni á decretarle ninguna pensión, habiéndole sobrevivido por más de veinte años y guardándole una fidelidad inquebrantable. La familia Marat no imitó en olvido é ingratitud al Estado revolucionario y rojo. Así, publicó tras la muerte del tribuno en *La Montaña* un certificado diciendo que Albertina pertenecería siempre á la familia de su esposo, cuya vida durante todo un lustro conservara con sus cuidados y con su amor. A este reconocimiento se juntaban maldiciones y anatemas contra todos aquellos que, perteneciendo á la familia Marat, desconocieran los servicios prestados